

Especies del género *carabus* en Galicia

Discurso lido o día 18 de decembro
de 1947 no acto da súa recepción,
polo excelentísimo señor don

Luís Iglesias Iglesias

e resposta do excelentísimo señor don

Ramón Otero Pedrayo



REAL ACADEMIA GALEGA



Especies del género *carabus*
en Galicia

O solemne acto académico
no que foron lidos os dous
discursos recolleitos no
presente volume celebrouse
o 18 de decembro de 1947
no Salón de Actos do
Pazo Municipal da Coruña

Especies del género *carabus* en Galicia



REAL ACADEMIA GALEGA

Edita

Real Academia Galega

© Real Academia Galega, 2014

Deseño da colección

Grupo Revisión Deseño

A Coruña 2014

Discurso do excelentísimo señor don
Luís Iglesias Iglesias



SEÑORES ACADÉMICOS:

No guarda relación con las circunstancias que en mi puedan concurrir, el honor de haber sido designado para ocupar un puesto en esta ilustre Corporación, como miembro numerario de la Real Academia Gallega. Yo nunca soñé que mi modesta y recogida vida científica pudiese trascender hasta el punto de que alguien se fijase en ella y mucho menos que fueseis vosotros, los que honrais con vuestra presencia y valorais con vuestro prestigio tan docta Asociación, que habeis alcanzado por indudables méritos intelectuales la alta jerarquía del saber que representa la condición de Académico, quienes un día me quisiesen galardonar con el inmerecido favor de hacerme compañero vuestro. No comprendo cómo desde vuestra altura habeis podido percibir mi pequeñez.

Si pretendo, como es lógico, buscar una explicación, ya que no una justificación, a este hecho -y perdonadme que me atreva a excudriñar vuestra intención- solamente la encuentro en que acaso conozcais mi profundo amor a Galicia -lo que nada tiene de extraño, ya que hijo de ella soy y el no amarla sería indicio de aberración mental- y que influenciado por ese cariño vengo estudiándola, desde hace muchos años, en su aspecto histórico natural, tratando de conocer su gea, su flora, su fauna, de familiarizarme con sus minerales, con sus plantas, con sus animales para, estableciendo las relaciones que entre ellos existan, poder ofrecer a los estudiosos una visión de conjunto de la Mineralogía, la Botánica y la Zoología de esta preciosa porción de España con lo que, a la vez que al conocimiento de la región galaica, contribuiría al conocimiento de nuestra patria.

No se me oculta lo ambicioso de mi deseo, lo atrevido de mi proyecto, lo difícil de mi empeño, ambición atrevimiento y dificultad que se acrecientan al hacer un sincero análisis cualitativo y cuantitativo de mis recursos intelectuales y científicos, pero si impulsado por esta sana ambición transformo en posibilidad el atrevimiento y la dificultad en factible, habré realizado el sueño

de mi vida. Para ello voy reuniendo, año tras año, materiales de esos tres reinos de la Naturaleza y si, por ahora, con ser muchos los que tengo, son muchos más los que me faltan, acaso un día pueda contar con un núcleo suficiente para iniciar siquiera los cimientos de mi soñado edificio. Si a mi no me está reservada la satisfacción de verlo terminado, otros podrán añadir nuevas piezas y coronarlo.

Fruto de estas adquisiciones mías es el Museo regional de Historia Natural de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Santiago de Compostela, en el que figuran ya una buena representación de los minerales, vegetales y animales de la región. Pero me direis, y con razón, que esta aportación mía al conocimiento histórico natural de Galicia no pasa, por ahora, de ser un simple proyecto, ya que hasta la fecha muy poco he dado a conocer de mi obra en publicaciones, siquiera disponga de bastante material y datos por mi recogidos, de ahí mi extrañeza, expresada anteriormente, ante vuestra generosa propuesta de mi nombre para ocupar una vacante en la Real Academia Gallega, y a esto se debe, así mismo, el que haya tardado tanto tiempo en presentarme a leer mi discurso de recepción reglamentario. El íntimo conocimiento de mi pequeña aportación ha sido la causa de mi retraimiento que espero que vuestra bondad sabreis disculparme por lo que, así como admitirme en esta docta Corporación, os estoy cordialmente agradecido.

Vengo a ocupar en la Real Academia Gallega la vacante del sabio historiador Ilmo. Sr. D. Juan Domínguez Fontela, Arcipreste de la catedral de Tuy. Conocí y traté íntimamente, durante muchos años, a este hombre bueno, cariñoso y erudito del que no se qué ensalzar primordialmente, si la cordialidad encantadora de su afable trato o la sólida erudición que revelaba en sus amenas conversaciones. Ambas cualidades, simpatía afectuosa y sabiduría bien cimentada se hermanaban tan armoniosamente en la persona de D. Juan –como le llamábamos íntimamente– que desde los primeros días de su trato captaba nuestro espíritu infundiéndole el deseo vivo de ser cada vez más amigo suyo. Yo tuve la satisfacción de conocerlo en mis años mozos, cuando desempeñaba el cargo de abad párroco de San Francisco de Vigo, y aún cuando por sus méritos eclesiásticos marchó de Vigo para La Guardia, de párroco también, y posteriormente fué llevado primero a Orense y después a Tuy en cuyos cabildos catedralicios ocupó una canongía, siempre pasaba en Vigo algunos meses del verano durante los cuales tenía la satisfacción de reanudar su trato, pues con frecuencia acudía a pasar las tardes en la finca de mi casa paterna en Teis, ya que era íntimo amigo de mi padre, y allí, en compañía del también entrañable

amigo, ya fallecido, el famoso periodista y publicista D. José Gómez Martínez “Zenitram”, a la sazón abad párroco de San Salvador de Teis, se nos pasaba insensiblemente el tiempo oyéndole relatar los resultados de las investigaciones históricas en que constantemente estaba ocupado. En los últimos meses de su vida pasé varias horas al lado de su lecho en el Sanatorio de San Lorenzo, de Santiago, a donde había acudido para someterse a un tratamiento quirúrgico. Pese a lo avanzado de su dolencia seguía siendo grato y afectuoso su trato, interesante e instructiva su conversación. De allí salió para Vigo en donde falleció. La Ciencia Médica no pudo salvar a aquel hombre bueno, amable, sacerdote ejemplar y modesto, pero auténticamente sabio. No dudamos de que Dios haya premiado su bondad y celo sacerdotal con la bienaventuranza eterna. Nosotros los humanos que le conocimos le dedicamos el fervoroso recuerdo de nuestras oraciones para corresponder a la satisfacción que nos proporcionó con su afectuosa y exquisita amabilidad y la sincera admiración a su auténtico y profundo saber.

Enamorado de la historia antigua para cuyo cultivo contaba, como fertilizante, con una sólida preparación lingüística y humanística investigó en castros y piedras, en monumentos y sepulcros, en archivos y viejos documentos revelándose como sabio historiógrafo, excelente arqueólogo, paleógrafo sagaz, expertísimo numismático y bibliófilo eminente.

Fruto de sus estudios e infatigable afán por interpretar la civilización de los tiempos viejos con sus numerosos trabajos publicados en periódicos y revistas. El *Boletín de la Real Academia Gallega*, el *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Orense* y *La Voz del Tecla* contienen muchos de sus artículos.

Con ininterrumpido celo e infatigable tesón llevó a cabo la mayor y mejor parte de las excavaciones del monte Santa Tecla de La Guardia, dando por resultado el descubrimiento de la citania que constituye uno de los lugares más interesantes de nuestra región para el estudio de viejas civilizaciones. A él se debe, así mismo, el museo en que se guardan los objetos arqueológicos allí encontrados. En la revista *La Voz del Tecla* fueron apareciendo los resultados de sus investigaciones históricas.

Si en el campo de la historiografía dió tales pruebas de su sapiencia que le valieron el ser miembro numerario de esta Academia y de la Real de la Historia, en su ministerio sacerdotal destacó por una fervorosa piedad e ilimitada caridad cristianas que le proporcionaron imperecederos triunfos en la cura de almas.

Don Juan Domínguez Fontela fué un sacerdote católico ejemplar y un eminente historiador que dedicó sus mayores afanes al cuidado de las almas de los feligreses de las parroquias gallegas que le fueron encomendadas, y al estudio de las pasadas edades de su amada Galicia.

Y ahora, señores Académicos, voy dar lectura a mi modesto trabajo referente a la distribución de los insectos del género *Carabus* en nuestra región.

ESPECIES DEL GÉNERO *CARABUS* EN GALICIA

El género *Carabus* es uno de los que forman parte de la familia de los carábidos, agrupación taxonómica de insectos pertenecientes al orden de los coleópteros.

Se incluye actualmente esta familia en el suborden *Adephaga* y está integrada por insectos coleópteros de los que los estudios paleontológicos nos han revelado sus restos fósiles a partir del período jurásico de la Era mesozoica o secundaria. Son, pues, insectos muy antiguos, muy primitivos, la inmensa mayoría carnívoros. Dotados de gran actividad, tanto en su fase adulta como en la larvaria, que es de tipo campodeiforme, se nutren a expensas de presas vivas que cazan a la carrera representando dentro de los insectos lo que los leones o tigres entre los mamíferos. Tienen, para ello, una constitución anatómica perfectamente adecuada: Patas largas y ágiles que les permiten rápidos desplazamientos en persecución de sus víctimas; mandíbulas fuertes y cortantes, armadas de agudos dientes, para desgarrar sus presas; tegumentos exteriores duros, verdaderas corazas, para luchar ventajosamente contra los animales de que se quieren apoderar.

Si a esto se añade su espíritu combativo, su audacia, que les induce a atacar a especies mucho más corpulentas que ellos, su voracidad, aparentemente insaciable, se acentúa, todavía más, su semejanza con los carniceros felinos.

Estas características anatómicas y fisiológicas se ponen de manifiesto cuando el entomólogo trata de capturarlos para estudiarlos en sus colecciones. En vez de adoptar esa forma de defensa pasiva que se conoce con la denominación de “hacerse el muerto”, tan común a otros muchos insectos en la que la ocultación derivada de la inmovilidad es la manera por ellos más usada de esquivar un peligro que les amenaza, el carábido trata, ante todo, al sentirse descubierto en su guarida, de huir en vertiginosa carrera buscando un refugio inasequible a la pinza del entomólogo. Si se ve acorralado, abre y cierra repetidamente



sus mandíbulas, para poner en evidencia las fuertes armas agresivas de que está dotado. Si, al fin, es capturado, revuelve frenético su cuerpo intentando liberarse de la presión de la pinza lanzando, al mismo tiempo, por su orificio anal, líquidos cáusticos o malolientes, o gases que al contacto con el aire explotan produciendo pequeñas detonaciones, como ocurre con los que, por este motivo, se conocen con los nombres vulgares de bombarderos o escopeteros, pertenecientes al género *Brachinus*, cuyas denominaciones específicas *bombarda*, *explodens*, *esclopeta*, aluden bien claramente a este curioso ardid defensivo.

Yo no me olvido nunca, a pesar del tiempo transcurrido –más de 35 años– de la desagradable sensación de violenta quemadura producida por la descarga de un chorro de líquido cáustico sobre una parte de mi mejilla y párpado inferior al estar contemplando entusiasmado un hermoso ejemplar de *Carabus macrocephalus*. En mi alegría por haber encontrado, por primera vez, esa especie, y con el afán de observarlo mientras él se debatía furioso preso entre las ramas de mi pinza lo acerqué, inadvertidamente, demasiado a mi cara y fui alcanzado por el disparo de líquido corrosivo y maloliente. Solo con un gran esfuerzo de voluntad pude dominar el dolor y evitar que se me escapara introduciéndolo rápidamente en el frasco de caza, antes de salir corriendo en busca de agua para lavar la parte afectada y mitigar el escozor que sentía. Desde entonces he aprendido, bien a costa mía, la lección práctica que me dieron acerca de los métodos de defensa de que se valen estos insectos, y cuando capturo un *Carabus* lo mantengo alejado de mi rostro y en forma de que no pueda hacer blanco en él con su líquido defensivo.

El régimen alimenticio carnívoro, propio de la inmensa mayoría de los carábidos, les confiere el carácter de insectos favorables a la agricultura ya que destruyen, para su alimentación, un gran número de larvas o insectos adultos de régimen fitófago, o de gusanos, babosas, caracoles, etc., que perjudican las plantas cultivadas. Algunos, por ejemplo los pertenecientes al género *Calosoma* (*C. sycophanta*, *C. inquisitor*, *C. maderae*), matan y devoran, incluso, las orugas de la procesionaria del pino que por estar protegidas por pelos urticantes ningún otro insecto se atreve a atacar.

Solamente un corto número de especies de los géneros *Harpalus*, *Zabrus*, *Omophron* y *Amara*, por ser fitófagos, pueden causar daños a los vegetales útiles.

Son los carábidos insectos eminentemente terrestres que han renunciado, casi en su totalidad, a la locomoción aérea, habiendo, incluso, algunos que han

perdido, por atrofia, las alas membranosas, voladoras, del segundo par y tienen los élitros soldados, pero aún cuando esa atrofia y soldadura no haya tenido lugar, es raro ver volar a un carábido de las zonas templadas. Solo en especies tropicales se encuentran formas arborícolas, con las alas bien desarrolladas de las que hacen uso para largos y rápidos vuelos.

Prescindiendo de esas formas tropicales adaptadas a vivir sobre los árboles, la inmensa mayoría de estos insectos, y de una manera particular los de nuestras zonas templadas, viven en el suelo, ocultos durante el día debajo de las piedras, en las resquebrajaduras de las rocas o muros, debajo del musgo, etc., y solamente por la noche abandonan esos refugios para dedicarse a sus cacerías. Algunos, sin embargo, se han adaptado en una mayor o menor escala a la vida acuática como ocurre con *Omophron variegatum*, que vive enterrado en la arena de los bordes de los ríos cubierta por el agua y solo abandona esos lugares y sale a la superficie durante la noche o en días muy nublados, y las especies del género *Aepus* que habitan debajo de las piedras de la zona litoral marina que el agua cubre completamente durante la pleamar. También en la zona marina, pero en plena playa, viven los *Scarites* que tienen las patas anteriores dispuestas para cavar lo que les permite su ocultación por enterramiento en la arena. Hay, por último, un grupo muy interesante de carábidos pertenecientes a los géneros *Trechus*, *Anophthalmus*, *Aphaenops*, *Geotrechus*, etc., que se han adaptado a la vida cavernícola, habiendo experimentado notables modificaciones anatómicas en consonancia con esta manera de vivir como son la pérdida de los ojos, el gran alargamiento de las antenas, la aparición de largos pelos sensitivos en estos mismos órganos y en el resto del cuerpo que suplen con su fina sensibilidad, en esos lugares privados de luz, la suprimida función de los órganos visuales que no podría ser cumplida.

Algunas de estas formas cavernícolas tienen además el interés de representar algo así como reliquias de especies desaparecidas ya que vivían en los límites más meridionales de la glaciación cuaternaria y que al retroceder los glaciares debido al aumento de la temperatura, han podido sobrevivir en nuestras latitudes refugiándose en las cavernas de las montañas en las que encuentran, hasta cierto punto, las características climáticas de los períodos glaciares.

Se conocen actualmente de esta interesante familia, una de las más importantes de orden de los coleópteros, unas 20.000 especies distribuidas por todo el mundo, de tamaño pequeño, mediano o grande, de coloración oscura o negra, o brillantemente coloreadas con preciosas tonalidades de brillo metálico, sobre tegumentos lisos o adornados de diversas ornamentaciones

en relieve o en hueco que hacen de algunas de ellas verdaderos modelos de insospechada belleza.

Las del género *Carabus*, tipo de la familia, de cuyas especies existentes en Galicia y su distribución me voy a ocupar, son de tamaño mediano o grande, carecen de alas membranosas que han perdido por atrofia y tienen los élitros soldados en la línea media. Su esbelto cuerpo, sus finas y fuertes patas denotan bien claramente la agilidad de que estos insectos están dotados. Del color negro mate uniforme o a lo sumo adornado con una fina franja violácea en el reborde elitral de unas se pasa a las esplendentes coloraciones rojizas, verdosas, azuladas, doradas, de fuerte brillo metálico de otras a lo que aluden la denominación genérica *Chrysocarabus* o las específicas *esplendens*, *auronitens*, *auratus*, etc., con que las han bautizado los entomólogos.

El aspecto de la superficie de su cuerpo en la cabeza, tórax y élitros es, así mismo, extraordinariamente variada y al lado de las que tienen sus tegumentos lisos y bruñidos hay otras con los más variados adornos a base de surcos, costillas, areolas, puntuaciones, etc., combinadas entre si de mil maneras dando lugar siempre a una armoniosa composición ornamental.

Los *Carabus*, como ya he dicho al describir en términos generales las características biológicas de la familia, son de costumbres nocturnas o, a lo sumo, crepusculares. A pleno día están ocultos debajo de las piedras, o del musgo que cubre las rocas, o en las cavidades más o menos profundas del suelo, no siendo raro encontrar algunas enterradas a bastante profundidad que se descubren al hacer determinadas labores agrícolas como, por ejemplo, al cavar las patatas o al arar los campos, desenterradas por el azadón o por la reja del arado. Es verdaderamente extraordinario ver correr por el campo un *Carabus* a pleno sol; alguien o algo lo desalojó de su refugio y va en busca de otro. Su actividad se manifiesta por la noche. En el crepúsculo matutino podemos encontrarnos con algún individuo que se retira tarde a descansar. En el vespertino alguno que acuciado por su voraz apetito adelanta la hora de salir de caza. Sólo en días muy nublados podemos ver tal cual individuo que por esa circunstancia sale espontáneamente en pleno día a sus correrías.

De las estaciones del año son la primavera y el otoño en las que se muestran verdaderamente activos. Durante los fuertes calores del verano o los fríos del invierno permanecen más o menos aletargados en sus refugios más recónditos hasta que cesando aquellas condiciones, para ellos desfavorables, vuelven las que le son gratas.

El entomólogo para buscar estos insectos tiene, pues, que levantar muchas piedras, que desprender muchos musgos, rompiendo no pocas veces las uñas en estas operaciones. Cuando la suerte nos depara el descubrimiento de un *Carabus* ha de ser rápido y seguro en el manejo de la pinza, pues al sentirse descubierto huirá velozmente y aprovechará con singular maestría la primera grieta profunda del suelo o de una roca o de un muro para burlar nuestra persecución.

Las piedras debajo de las cuales se pueden guarecer *Carabus* no son, en general, las muy pequeñas ni las muy grandes, las muy superficiales ni las muy profundamente engastadas en el suelo. Son piedras de mediano tamaño, de forma más o menos aplastada y poco hundidas en el terreno. El entomólogo verdaderamente amante de los insectos, una vez que ha levantado e inspeccionado lo que hay debajo de ellas debe de reponerlas en su primitiva posición, pues de lo contrario dejará al descubierto huevos o larvas de estos o de otros insectos por ellas protegidos que serán devorados por las aves insectívoras ocasionando una notable disminución de la fauna entomológica de una localidad.

Las especies del género *Carabus* que hasta ahora he encontrado en Galicia, su distribución en nuestra región y su mayor o menor abundancia, son las siguientes:

Carabus (Dichocarabus) rugosus Fab. s. *celtibericus* Germ.- Esta especie es una de las de mayor tamaño de las que se encuentran en Galicia, pues mide de 28 a 31 mm. de longitud por 10 a 11 de ancho.

La parte superior de la cabeza, protórax y élitros es de color bronceado. La parte inferior es negra, lo mismo que las antenas y las patas. La cabeza y el protórax ostentan unas puntuaciones bastante gruesas e irregularmente distribuidas que en algunas zonas dan lugar a arrugas; un surco mediano muy estrecho recorre el protórax del borde anterior al posterior.

Cada élitro tiene el espacio comprendido entre el reborde sutural y el elitral adornado por dos repliegues costiformes, continuos, alternando con tres discontinuos. La superficie que queda entre ambos tipos de costillas está sembrada de diminutos tubérculos cónicos.

Es una especie poco abundante, o más bien rara, de la que non tengo ejemplares más de que de Vigo y de Santiago cogidos en montes o en bordes de campos.

Carabus (Chrysocarabus) lineatus Dej. s. *lateralis* Chevr.- Es de tamaño muy variable, pues al lado de machos de la provincia de Orense que solo miden 21 mm. de largo por 9 de ancho y hembras de la misma procedencia de 24 por 10, tengo ejemplares cogidos en Vigo cuyos machos llegan a medir 25 por 11 y las hembras 32 por 13.

El precioso color de fuego o rojo de cobre de la parte superior de la cabeza, protórax y reborde elitral y el verde azulado alternando con franjas negras de los élitros unidos a su intenso brillo, hacen de esta especie la más bonita, sin duda alguna, de las que viven en Galicia. Las partes inferiores del cuerpo, así como las antenas y las patas son negras.

El tegumento de la parte superior de la cabeza y protórax es rugoso. En el protórax tiene un surco mediano muy fino que lo recorre longitudinalmente. Los élitros llevan entre los rebordes sutural y externo tres costillas continuas cada uno, y el espacio cóncavo que entre ellas queda es rugoso punteado.

Es una de las especies más comunes y abundantes en toda la región gallega. La tengo de Santiago, Vigo, Mondariz, Lalín, Sayar, Celanova, Lobeira, Los Ancares, etc., es decir que se encuentra en todas las provincias y en todas las localidades desde el litoral hasta los altos picos de la Sierra de los Ancares, tanto en huertas y jardines, como en campos y montes.

Carabus (Hadrocarabus) macrocephalus Dej. v. *cantabricus* Chevr.- Varían las dimensiones de esta especie entre 20 mm. de largo por 8 y ½ de ancho, de algunos machos, y 29 por 11 de algunas hembras.

Es todo él de color negro con una estrecha orla violácea por los bordes laterales del protórax y de los élitros.

El tegumento de la cabeza, por su parte superior, es ligeramente rugoso, el del protórax tiene rugosidades más marcadas y surco mediano, el de los élitros está estriado longitudinalmente por costillas muy bajas, numerosas y apretadas, puntuaciones dispuestas más o menos regularmente en series lineales.

Es, también, especie abundante en toda Galicia. Yo la tengo de Vigo, Lalín, Sayar, Mondariz, Santiago, Celanova, Lobeira, etc. Se le encuentra, preferentemente, en bosques y montes.

Carabus (Rhabdocarabus) melancholicus Fab. v. *costatus* Germ.- Sus dimensiones varían entre un mínimo de 21 mm. de largo por 7 y ½ de ancho de los machos más pequeños y 25 mm. de largo por 10 de ancho de las hembras mayores.

Toda la parte superior de la cabeza, protórax y élitros es de color bronceado; las antenas, las patas y la parte inferior del cuerpo son negras.

El tegumento de la cabeza es rugoso y punteado; el del protórax ostenta esta misma ornamentación, pero más acentuada y lleva un surco mediano longitudinal. Los élitros tienen, cada uno, tres costillas continuas de las cuales las dos más próximas al reborde sutural confluyen en su terminación uniéndose en una sola, los espacios intercostales tienen numerosas granulaciones de dos tamaños; una granulación fina dispuesta sin orden alguno y otra gruesa cuyos gránulos ocupan el centro de cada espacio dispuestos en serie lineal.

Abunda mucho en Galicia. La tengo de Vigo, Mondariz, Lalín, Santiago, Lage, Celanova, etc. Se encuentra en campos cultivados, y en bosques y montes.

Carabus (Ctenocarabus) galicianus Gory.- Las dimensiones de esta especie son 22 a 25 mm. de largo por 7 a 10 de ancho.

Por la parte superior la cabeza es de color negro, el protórax es negro, también, con ligero reflejo azulado oscuro en sus márgenes, los élitros son, así mismo, negros con un filete azul oscuro en su borde externo. La parte inferior es de color negro, como en todas las demás especies, las antenas son negras y las patas tienen los fémures rojizos y las tibias y los tarsos negros.

El tegumento de la cabeza es débilmente rugoso, el del protórax es rugoso granuloso siendo las arrugas más marcadas que en la cabeza y las granulaciones más abundantes y acusadas en las zonas periféricas que en la central. Un estrecho surco mediano lo recorre de delante atrás. Los élitros tienen cada uno tres repliegues costiformes bien marcados que hacia su terminación tienden a confluir más o menos completamente en una sola costilla. Los espacios intercostales son rugoso-granulosos y llevan por su línea media una ligerísima elevación costiforme.

El porte general de esta especie es más esbelto que todas las demás por haber una mayor desproporción entre la longitud y la anchura de su cuerpo.

Conceptuó esta especie rara. No tengo ejemplares más que de Fonsagrada (Lugo):

Carabus (Eutellocharabus) arvensis Hbst. s. *Deyrollei* Gory.- Es la especie de menos tamaño de las que tenemos en Galicia, pues su longitud oscila entre 15 y 17 mm. y su anchura entre 5 y 7.

Por lo que respecta a su coloración es la que ofrece mayores variaciones cromáticas ya que unos individuos tienen la cabeza, el protórax y los élitros, por encima, de color cobrizo; otros tienen la cabeza y el protórax cobrizo y los élitros verde claro; otros la cabeza y el protórax cobrizo y los élitros verde oscuro; otros la cabeza, el protórax y los élitros verde oscuro; otros la cabeza y el protórax verde oscuro y los élitros negro azulado; otros, por último, la cabeza y el protórax negro azulado y los élitros negro violáceo. Todos estos colores son siempre brillantes lo que hace que sea una especie muy bonita que compite incluso en belleza con *Carabus (Chrysocarabus) lineatus* Dej. s. *lateralis* Chev.

Las partes inferiores de su cuerpo son negras así como las antenas y las patas.

Los tegumentos de la cabeza y del protórax son rugoso-punteados, existiendo en éste último el surco mediano señalado en los otros *Carabus*. Los élitros tienen una serie de puntuaciones dispuestas paralelamente en serie lineal que limitan unos repliegues costiformes continuos, muy poco salientes, de superficie lisa en el disco del élitro y granulosa en los marginales, pero entre cada tres de estas estrias se intercala un repliegue formado por áreas ovoideas, alargadas, limitadas también por puntuaciones que, dispuestas así mismo en serie lineal, originan costillas muy bajas y discontinuas. Hay en cada élitro 12 de las primeras y tres de las segundas.

De esta especie poseo en mi colección un ejemplar, el primero que cogí aquí en Galicia, capturado en plena carretera de Santiago a La Coruña, en las inmediaciones del puente de La Sionlla, el 15 de marzo de 1912. La busqué luego por los alrededores de Santiago y por otras muchas localidades gallegas, durante muchos años, sin lograr encontrarla

hasta el mes de mayo de 1928 que di con ella en un pequeño cerro pedregoso, muy cerca de la carretera, en La Sionlla, debajo de cuyas piedras cogí muchos ejemplares. En el mes de junio del mismo año capturé otro ejemplar, único, en Lalín. Creo, pues, que es una especie rara en nuestra región.

Carabus (Archicarabus) Heydeni Paul.- Sus dimensiones son 20 a 22 mm. de largo por 8 a 9 de ancho.

El color de la cabeza por encima es negro. El del protórax negro, también, con un ligero tono violáceo en los bordes laterales y en los ángulos posteriores. Los élitros son de color bronceado muy oscuro con una ligera orla azul verdosa oscura en los bordes externos. Toda la parte inferior es negra brillante. Las antenas y las patas son negras.

El tegumento de la cabeza es ligeramente rugoso con algunas puntuaciones. El del protórax es casi liso con puntuaciones poco profundas en el centro, en donde existe el surco longitudinal medio, y algo rugoso y con puntuaciones más acusadas en los bordes. Los élitros tienen estrias longitudinales poco salientes, continuas, entre series lineales de puntuaciones y tres discontinuas, un poco más prominentes, en cada uno de ellos.

Es una especie rara que solamente la he encontrado en un pinar del monte de la Madroa en la parroquia de San Salvador de Teis (Vigo).

Carabus (Oreocarabus) errans Gory.- Mide 21 a 23 mm. de largo por 8 a 10 de ancho.

Sus colores por encima son: negro en la cabeza, negro en el protórax con una franja lateral violeta y negro en los élitros con franja violácea lateral más acentuada anterior que posteriormente. Inferiormente negro así como las patas y las antenas.

El tegumento de la cabeza es ligeramente rugoso con tal cual puntuación. El del protórax es más rugoso y tiene el surco medio longitudinal. El de los élitros lleva estrias longitudinales costiformes, continuas, poco acusadas y apenas marginadas por ligeras y escasas puntuaciones, y tres discontinuas, en cada uno, algo más elevadas.

Es especie bastante abundante en los campos y montes. La he cogido en Lugo, Vigo, Mondariz, Lalín, Santiago, etc.

Resposta do excelentísimo señor don
Ramón Otero Pedrayo



SEÑORES ACADÉMICOS:

Acabamos de oír la lectura de un discurso sóbrio y perfecto. Realiza de manera ejemplar el doble objeto que preside en éste género de disertaciones: el recuerdo y elogio debidos al académico antecesor y el desarrollo del tema. Esta feliz y rara excelencia de la adecuación de la palabra al pensamiento lograda por el Dr. Iglesias con la sencillez envidiable de los grandes maestros de la ciencia nos hace pensar en una memorable y lejana solemnidad de la Academia Francesa: la sesión del 23 de Junio de 1753 en la que Buffón, ya universalmente aplaudido por los primeros volúmenes de su clásica *Historia Natural*, ingresaba con la lectura de su discurso, clásico también y desde aquel momento, sobre el estilo. La proposición o tesis oratoria –*Il n’y a que les ouvrages bien écrits qui passeront a la posterité*– ha sido olvidada y triunfó como revelador de la esencia del discurso y de toda una teoría estética y moral tan antigua como la sensibilidad crítica el leve y alado aforismo: el estilo es el hombre. O “del hombre” como parece que realmente escribió el autor. En los dos sentidos, de la fama solo concedida a lo bien escrito, y de la total expresión del carácter en el estilo, no es inoportuno en éstos momentos el recuerdo ilustre de Buffón. No importa, a nuestro sentir, que el Doctor Iglesias pertenezca a la descendencia espiritual, investigadora, creadora, de Linneo, mejor que a la de solemnes conjuntos expositivos de Buffon, sin que falte al catedrático de Biología de la Universidad de Santiago el genio y el gusto de las brillantes y sugestivas síntesis. Sin intentarlo, sin sospecharlo tampoco, el Doctor Iglesias ha escrito en el Discurso que acabamos de oír su propia semblanza. Involuntariamente como lo hace a diario en la colaboración científica, en la página del libro que redacta, en la lección de la cátedra, en la conferencia. Y porque apenas se refiere a sí mismo, se declara mejor: en la dedicación constante y apasionada a la ciencia,

en el entusiasmo regulado y por ello más vivo y eficaz, en la objetividad severa, en el profundo goce de lo bello y lo trágico de la naturaleza que sabe comunicar en palabras no copiosas y dotadas de un magistral poder. A cada momento se confiesan los grandes sinceros cuando hacen profesión de silencio sobre si mismos, entregados a su labor y a través de ella dejan transparentar su espíritu.

El Dr. Iglesias prefirió para su disertación académica, que significa un capítulo nuevo de la Historia Natural de Galicia, el estudio de una estirpe del mundo casi infinitamente variado y al tiempo lejano y próximo para los profanos, de los insectos. Con igual acento de dominio y la misma identificación hubiera tratado de algún grupo de rocas de nuestro suelo, de alguna familia vegetal de apariencias humildes o de excelsa significación en la rítmica de nuestros paisajes, de una doctrina científica, de una personalidad que hubiera dejado imborrable surco en las duras y esperanzadas aradas de la investigación. Los teólogos, o quizás mejor, algunos teólogos, sostienen que preside a cada género de seres inferiores al nombre un solo Angel Custodio con la misión de amparar y conservar el grupo que le fué concedido por la Omnipotencia. Alas de mariposa, brillantes, en simétrico palpar de irisaciones, podemos imaginar en el custodio de los insectos, y una alegría ante la vibradora nube sonora fingida por mil leves vuelos en torno a los velos nupciales de los bosques y pomares en Abril, el concierto estival de los élitros, los giros ráudos de las libélulas, la pertinaz endecha de la cigarra, la platónica Republica de las abejas, y un dolor ante los terribles amores del Mantis, y las depredaciones de insectos como los del género *Carabus* que el Doctor Iglesias nos presenta como “alimentados de presas vivas que cazan a la carrera representando dentro de los insectos lo que los tigres o leones entre los mamíferos”.

Si se piensa en la simbólica y estética de los insectos, en como intervienen, portadores de anhelos y de recuerdos, en el mito y en el arte surgen a la primera evocación la mariposa y la abeja, y también, exentas del pragmatismo vulgarizado de la moraleja la cigarra y la hormiga. Pues la libélula prefiere rondar los silentes estanques espejos de las esvanescentes corolas de la exigente modalidad artística que al tratar como joyas y sones las palabras ha sido juzgada, un poco apresuradamente, como decadentismo. Pero la mariposa y la abeja -no importa que aquella sea un proceso y no una sustantividad, pues su belleza la concede radiante existencia entitativa- no desamparan el ensueño y los afanes de los hombres. Desde los órficos a Rubén Darío, desde el mítico Aristeo a Maeterlink. A la melancólica salutación rubeniana:

Divina Psiquis, dulce mariposa invisible

parece responder desde el fondo de la conciencia humana y desde lo alto de un maravilloso prestigio la voz de cumbre de Platón: Ἀνθρώπων ψυχὴ ἀθάνατος [*el alma inmortal del hombre*]. Y Psiquis, soplo, vida, corazón, alma, se escapa de los labios de los héroes homéricos caídos en la lucha, inspira o insufla el génio, la amistad, el valor, el recuerdo. Ningun símbolo tan alto y puro. La mariposa obtiene la forma del pneuma, del aliento inmortal en el Jardín de las Musas y las Gracias antiguas. Puede ser también si de álas de noche la embajadora del Erebo y la Muerte, y así cruza los primeros crepúsculos vespertinos del Romanticismo la “mariposa negra” de Pastor Díaz:

*Incierta sombra que mi bién circunda,
Cruzar siento en zumbido revolante
y con nubloso vertigo incesante
A mi vista girar*

Las abejas que acompañan los ensueños cosmogónicos y los días de las Artes germinales del viejo Hesiodo, alimentan a los niños predestinados a la Poesía, llenan con su laborioso o con su guerrero rumor el canto eólico de Alcman, obtienen la admiración y el culto de filósofos y vates y puede escribir Virgilio:

Esse apibus partem divinae mentis, et haustus Aethereos dixere...

con el mismo acento de los Pitagóricos, de Eurípides, de Lucrecio. Lo mismo en el bosque nórdico y en los aromosos montes marmóreos del Atica y en las colinas de Montpellier en cuya flora aprendieron tantos clásicos botánicos, la sociedad de las abejas es arquetipo y mito, Utopía envidiada por los filósofos y dan el tesoro de su miel de los númenes de la luz, el rocío y la aurora. Exentas de muerte las pensaron los antiguos. Y como tales siembran de móviles oros los blasones ilustres y los mantos reales, circundan la tiara papal las que en la Biblia significan por su miel con la leche de los rebaños, el agua de las fuentes patriarcales y el rocío en los lirios de Engaddí los excelsos regalos de la Tierra Prometida y alimentan en su ruda e inspirada soledad al Precursor...

Una especie de inmortalidad poséen si nos fijamos en como el rumor de los enjambres puebla la conmovida y profunda selva de la Poesía popular de todos los tiempos y latitudes, y los lucos y bosquecillos de la especulación y de la Poesía culta, el jardín de Academos platónico como el Tusculano ciceroniano, el inscripto en la arquería del cláustro, el rico en rosas Valois y Borbón y abierto a la insinuación de los horizontes de Francia. Las abejas se relacionan con lo espiritualmente medido e ingenioso. A Jenofonte se le llamó por la gracia y dulzura

de su estilo la “abeja ática”. En la fábula pastoral el niño Comatas buen tañedor de la panida fláuta hubiera muerto de hambre en el cofre en que le encerraron si las abejas de las musas no le asistieran con su miel. Fueron símbolo del epigrama. Dieron nombre a periódicos portavoces de nuevas doctrinas estéticas. Nicomedes Pastor Díaz escribió en “La Abeja”. La abeja romántica.

Delicadamente los insectos con una sensibilidad exquisita viven el ritmo de las horas y las estaciones que les son concedidas. Extraños a la belleza abstracta y como especulativa del invierno, registran finamente las variaciones térmicas desde la primavera cuando se confunden con las primeras flores, a las últimas frutas y racimos del otoño cuya fastuosa despedida celebran. La cigarra es la cifra de los trovadores de Provenza como fué ornamento de los primeros ciudadanos atenienses. Figuradas en oro la llevaban en sus cabellos y ellos mismos se complacían en llamarse cigarras por considerarse nacidos del suelo privilegiado del Ática como las sonoras cigarras autóctonas. Los griegos y los felíbres, Homero y Mistral unidos en el mismo símbolo de los fulgidos mediodías mediterráneos... Los insectos intervienen, solitarios o mas frecuentemente en conjuntos en la composición de los paisajes, en su matizada expresividad. Señala un momento, con frondas nuevas y gozosas ondulaciones en los centenos pulsados por el viento, el canto de los insectos, y otro la densa noche estival con los suyos, y el bajo trémolo de los avispones en las hiedras del otoño produce una sensación estacional definitiva.

La plástica sobre todo en sus artes menores, decorativas, de ofebrería y glyptica buscó las formas elegantes, precisas, en que se retrata un fin exacto y las absidianas, los oros, los verdes “antico” como las viejas estatuas, los prolijos y ricos tatuajes dignos de los jefes polinesios, de los insectos. Algunos de los descritos por el Dr. Iglesias parecen embutidos en la coraza y defendidos por el escudo del Príncipe Negro, o en la negra armadura de Gengiskán...

El Padre Feijóo –muy amigo de léer las costumbres de las abejas en los correctos hexámetros del poema didascálico del P. Vannière– celebra en sus Paradojas físicas las perfecciones de los insectos. Tienen duplicada la fecundidad, poseen una organización admirable y sobre todo el cuerpo de los insectos es perfecto “porque retiene el alma con lazo mas firme” ya que vive aun después de cortado. La expresión feijoana es de un gran valor. Recuerdese como la relación del espíritu y el cuerpo era el tema quizá predilecto de la esforzada meditación filosófica del Padre Maestro de la inmensa curiosidad intelectual... Insaciable fué la de su insigne discípulos, amigo y colaborador el P. Martín Sarmiento en gran parte tendida a la historia natural particularmente de su amada

Galicia. Trató de las pizarras de Mondoñedo y de la piedra negra del ara de la catedral de Lugo, del abedul o *bidueiro* que interesó también al P. Feijóo, de la *carqueixa*, de la lesta, de los peces, y por encima de sus investigaciones dispersas trabajó con método, siguiendo el viejo aforismo de *nomina numina* el catálogo de nombres gallegos de vegetales. En la obra de bibliografía española de los Sres. Maffei y Rúa Figueroa –éste apellido último ligado a un período interesantísimo de la Galicia y sobre todo la Compostela del siglo XIX– se dice del P. Sarmiento: *Desde 1745 datan sus estudios sobre la historia natural y especialmente sobre la botánica siendolo Quer deudor de muchas noticias que ilustran su “Flora”. Éste sábio que poseía inmensa erudición fué el mayor entusiasta que en su siglo tuvo la Historia natural en España.* El XVIII en toda Europa volvía por diversos caminos fatigado de la abstracción de las filosofías, de la escenografía de las cortes del barroco, a la naturaleza. Haller recorriendo las montañas de Suiza y dedicando un poema a los Alpes, Juan Jacobo Rousseau herborizando en los paisajes a los que su sensibilidad concedió una especie de morbidez sentimental, el jardín de Mad. de Warens, Ermenouville, el bosque de Montmorency, la isla de San Pedro, el abate de Saint Pierre describiendo los ponientes, viven en un deslumbramiento de las cosas sencillas. Para unos forma de la égloga, para otros goce de la libertad y persecución de un lirismo panteísta, el contacto y estudio de la naturaleza rescatada de la dogmática de las aulas, eran al mismo tiempo promesa y despedida. Adios a un sentido vitalista, simbólico, de la naturaleza, en el que vivía tímida aún, la interpretación romántica y promesa de los métodos severos de la investigación y el laboratorio. Estos habían de descubrir una nueva simbólica y belleza. A fines del XVIII y comienzos del XIX hubieran parecido impíos. Los jóvenes gallegos, como Ramón de la Sagra, Casiano del Prado, Varela de Montes sentían en la naturaleza el númen que preside en la poesía de Meléndez Valdés y en las Reflexiones de un paseante solitario de Juan Jacobo. No buscaban como Goethe en el Jardín botánico de Jena el esquema y arquetipo de la planta. En algunos continuaba el sentido del ilustre Cornide. En otros apuntaban diferentes aspiraciones. Cornide con mejor sentido del tiempo y del método, trabaja en las variadas direcciones del P. Sarmiento y se parece al benedictino por la afición al estudio de los peces y artes de pesca. Línneo en la botánica sustituía a Tournefort como en otros dominios la Filología a las humanidades, los métodos genealógicos a los descriptivos, la historia de los pensamientos, la cultura, las pasiones al *res gestae regumque ducum et tristia bella* horaciano, la libertad de inspiración y forma, el anhelo individualista hácia el infinito envuelto como en un pneuma innominado del espíritu en la saudade gallega, a la dignidad de los temas augustos tratados

según normas invariables. Galicia en el primer XIX vivió, dramáticamente, el conflicto y la esperanza de las ideas y las formas nuevas. Aun el segundo Cura de Fruime al percibir el efecto de los soles ponientes en los templos de soledad de los bosques del contorno compostelano se detenía, por un respeto escolástico no quería oír tal vez la llamada de la saudade, y Neira de Mosquera no se decidía a escribir en gallego. Pero el ¡adios! doble y revelador de los definitivos rumbos de salvación, de Rosalía y Pondal, no estaba lejos. Toda Galicia esperaba conmovida algo desconocido, presagiado en la Alborada de Pastor Díaz...

La Sagra, Caamiña, Casiano del Prado, Gil, de los Ríos, Naceyra, Colmeiro, López Seoane, Valenzuela... Algunos solo conocidos por escasas páginas, todos de un interés singular para nosotros, no solo por lo que supieron y escribieron, sino —y quizá en más alto grado— por lo que significan de ilusión ambiciosa, de lucha con el ambiente cargado de indiferencias, del dolor de la ausencia de una tradición formativa... Ello hace más vivientes sus intentos. Reflejan las ruinas morales de su tiempo. José M^a Gil estudiando las rocas del camino de las peregrinaciones, por la Arzúa piensa en la guerra civil, en el misterio de los castros. Casiano del Prado, geólogo, como si el energético relieve de las esculturas de su padre le hubiera predispuesto a la pasión de las formas naturales vé en los alzamientos de la cordillera cantábrica las primeras montañas. Hay en esto algo de paralelismo con las ideas románticas de los titanismos originarios y un heroísmo inicial... Debe notarse la importancia de los Valles del Sar y Sarela y en conjunto los paisajes del contorno de Santiago en donde tan expresivamente los tipos de montaña se matizan en las primeras y gentiles insinuaciones de los valles arosanos, como escuela y campo de exploración de los naturalistas gallegos de la primera mitad del XIX. De los estudios botánicos en Galicia trae algunas informaciones D. Miguel Colmeiro en sus *Recuerdos*... Los que hemos conocido médicos y farmacéuticos discípulos de la Universidad de Santiago por los años de la Revolución de Septiembre sabemos algo de la nombradía que lograron la enseñanza y el *Ensayo* del profesor Planellas Giralt... El diccionario de Valladares refleja en sus artículos de plantas especialmente pero también de animales, el gusto de la interrogación de la naturaleza, el sencillo placer de descubrir en un vivaz elemento de la composición floral de los prados del Ulla o en la planta decorativa de las ruinas el parentesco con una ilustre familia botánica de prestigioso nombre latino. Nota los lugares, la época de la floración, con minuciosidad evocadora de horas solitarias, noblemente ocupadas, del vivir de las campañas gallegas.

Sin quererlo, casi, hemos suscitado los nombres tan solo de algunos natu-

ralistas gallegos lejanos como el anhelo y la encarnación en René, del “mal del siglo” por Chateaubriand, uno de los escritores clave de la Galicia del primer y central XIX, como la existencia o ruda y legendaria, o palaciana y gentil de los “pazos”, como los humanistas recamados de áureos textos, como las viñas de la fuerte y generosa vid antigua, y la noche palpitante de presencias misteriosas... Lejanos, y cada día más interesantes. Sus vidas pueden ofrecernos aun muchos consuelos de idealismo y bondad. Creémos que aquel recuerdo no será ingrato al Dr. Iglesias. No hace falta ciertamente compañía, a su personalidad científica. Pero trabaja en el conocimiento de la gea, la flora y la fauna de Galicia, habita y enseña en Santiago de Compostela, sigue, exaltándola, una gloriosa tradición, forma en Santiago, lentamente, seguramente, una escuela las gloriosas sombras casi desvanecidas, que ya tan poco hablan a las generaciones jóvenes, de los naturalistas de una grande época optimista, del tiempo de Cuvier, de Lacépède, se hubieran conmovido de poder oír éstos pasajes del discurso del Dr. Iglesias: ... *vengo estudiándola [a Galicia] desde hace muchos años en su aspecto histórico natural, tratando de conocer su gea, su flora, su fauna, de familiarizarme con sus minerales, con sus plantas, con sus animales para, estableciendo las relaciones que entre ellos existan poder ofrecer a los estudiosos una visión de conjunto de la Mineralogía, la Botánica y la Zoología de ésta preciosa porción de España...; Para ello voy reuniendo, año tras año, materiales de esos tres reinos de la Naturaleza... acaso un día, pueda contar con un núcleo suficiente para iniciar siquiera los cimientos de mi soñado edificio*... He aquí como el ilustre investigador y maestro nos declara, con palabras sencillas, su obra dedicada a Galicia, la que va cumpliendo lenta y seguramente con la minuciosa aplicación al detalle y sin perder nunca la idea arquitectónica del conjunto con que los artistas románicos labraban las piedras de las catedrales, con que los grandes poetas someten al crisol de la prueba el valor estético de cada palabra, la armonía de cada verso. Hay, sin duda, un sentimiento, una labor, una expresividad poética en la obra en que van siendo interpretadas la entraña nutricia de la tierra de Galicia, y el prolijo tapiz vegetal que la reviste y el mundo animal que la puebla. Creémos que los párrafos del proemio del discurso del Dr. Iglesias, dedicados a la obra de su vida, poseen un valor excepcional, significan la promesa de seguimiento y unidad de una empresa, ya en gran parte sin duda cumplida y de la cual no sabemos haya hablado su autor públicamente con tan definitivas expresiones hasta la solemnidad académica a que asistimos y que cobraría por ello solo una significación memorable...

Don Luis Iglesias, médico también como muchos naturalistas clásicos, brilla desde sus comienzos como estudioso e investigador de la naturaleza. Posée

el fino sentido analítico y el arte de vitalizar las exposiciones sintéticas. Los aristotélicos llamaban siguiendo a su maestro “demonia” a la naturaleza, por sus huidas, contradicciones y misterio celosamente guardado, sin duda y para el Dr. Iglesias la naturaleza está llena de afectuosos y reveladores númenes. Porque sabe interrogarla, es dueño del arte de excitar su simpatía. En el rincón de un bosque fragante a las evanescentes y poderosas esencias del otoño, en la gracia de un prado de ricos y petulantes cromatismos pulsados por las áuras de Abril, el Dr. Iglesias suscita seres y aspectos que los ojos profanos no ven. Hay una especie de magia en ésta atracción sobre los insectos y aves, en ésta intimidad con las formas y los procesos naturales. Cualquier rincón del paisaje convierte en escenario del dramatismo o de la égloga de la vida y de los devenires del mundo mineral medidos por otros relojes que los de la historia y biología. Como el poeta recuerda los sitios predestinados al soplo inmortal –*il y a des lieux ou souffle l'esprit* como escribió Barrés de sus colinas amadas de Lorena– el naturalista recuerda los lugares donde la engañosa y sugestiva danza de los velos de la ilusión, dejó transparentar algo de la verdad oculta. El Dr. Iglesias cita los paisajes de Santiago en un amplio radio, la *beiramar* nativa de Vigo, los valles de Celanova. Conoce toda Galicia. Ha cruzado en viaje de estudio las montañas y derrames surorientales de Galicia con sus modernas formaciones de rocas, y la gracia pastoral de sus brañas. Sabe interrogar a las gentes y no desdeña la ciencia popular que envuelve seres y aspectos en prestigiosas formas de simpatías y antipatías y en cuyo imaginar no cesa el mito de tejer simbolismos y fantasías. Desde muy joven, primero en la cátedra del Instituto, después en la universitaria, se reveló el Dr. Iglesias como un gran maestro. De los que no se olvidan. De los que dejan, aun en el ánimo del alumno rudo o indiferente, un afectuoso recuerdo. Por eso, quizá él lo ignore, disfruta de una popularidad respetuosa, de una nombradía segura, desde que la primera generación de sus alumnos se extendió por Galicia. Su cátedra en el umbral exigente de las Facultades de Medicina y de Ciencias congrega estudiantes que alientan en una época crítica, formativa, del carácter y la vocación. Y la cátedra del Dr. Iglesias sigue y se amplía en el trabajo diario del laboratorio y del Museo...

Basta una impresión nuestra, personal, para expresar lo constante y apasionado de la vocación del Dr. Iglesias. Es como una profesión religiosa. Cuantas veces hemos llegado a Santiago que son muchas, y otras tantas para encontrar fuera de las horas de clase, al Dr. Iglesias nos ha bastado con saber la escalera y la puerta del Laboratorio y Museo de Historia Natural de la Universidad. Podrá parecer a las tardes desierto el ilustre edificio poblado de recuerdos y silencios. Tened la seguridad de que de estar en la ciudad, el Dr. Iglesias trabaja

en el Laboratorio o en el Museo. Dotado de la singular facultad de percibir lo fisiognómico, lo individual en los seres naturales, sabe disponer expresivamente las aves palustres, de las alturas, de los litorales, como los insectos y todos los seres animados de un modo que recuerda la vida y los medios predilectos salvando así a las colecciones del terrible hieratismo y comicidad de los ejemplos rutinariamente disecados. En el Museo va reuniendo el Dr. Iglesias grandes y coordinadas series. Y el Laboratorio completa su dedicación estrictamente científica con la práctica de la previsión y defensa de las plagas del campo. El Dr. Iglesias, conocedor del agro gallego, se preocupa del campesino, defiende y mejora el patrimonio rural heredado, con la esforzada labor del Laboratorio de Fitopatología y consultorio de plagas del campo. Él es el fundador y el alma de la fructífera institución conocida y apreciada en toda Galicia. Los viñedos y los patatales de Galicia, y muy especialmente los antiguos e ilustres huertos y pomares y los grupos de frutales que ciñen toda aldea gallega, tienen en la actividad del Dr. Iglesias un inteligente y celoso defensor. Estudios sobre las mariposas perjudiciales a la vid como sobre los insectos enemigos de los libros y medios para combatirlos, en otro orden monografías variadas como la de Aves de Galicia, libros como el dedicado a los Parásitos del cuerpo humano, figurarían circunstanciadamente, con sus fechas y ediciones, en éstas cuartillas si quisieramos –y tuvieramos suficiente competencia– trazar un esquema bibliográfico del Doctor Iglesias. No sabemos ni quisieramos intentarla. Una labor en plena marcha, una vida en el acmé de su fecunda actividad, se imponen con una energía y optimismo arrollador de las bibliografías. Además -dándonos licencia para esta declaración espontánea- escribimos ésta contestación con un género de emocionada alegría que mira al futuro de la insignia obra de que habló hoy mismo su autor y quisieramos felicitarle y aplaudirle con éste sentimiento de esperanza.

Catedrático en quien la elevadísima misión encarna ejemplarmente, Vicerrector, Rector de la gloriosa Universidad Gallega, Presidente del Seminario de Estudios Gallegos... Hablemos de la importancia que revista para la Academia Gallega y todo lo que ella significa, el ingreso del Dr. Iglesias. Bastaría citar algunos párrafos del discurso leído en la Academia española por el insigne matemático y técnico Dr. E. Terradas sobre “Neologismos, Arcaísmos y Sinónimos en plática de Ingenieros” en 13 de Octubre de 1946 al tomar posesión del sillón de numerario o del comentario del Dr. Marañón al recibirle. El Sr. Terradas establece así su tesis: *En el lenguaje empleado en la Ciencia y la Técnica el trabajo de unificación, es decir la necesidad de dar un nombre a toda cosa, de designar cada acción por un verbo es urgente e inaplazable.* Se refiere a ciencias

y técnicas de arrollador desenvolvimiento. El caso es semejante respecto a la tarea esencial de nuestra Academia Gallega, que es la preparación del diccionario o los diccionarios de nuestra lengua y su colaboración con la castellana. Nadie como el Dr. Iglesias puede ilustrar a la Academia sobre voces, giros, variantes y autoridades relativas a los seres y procesos de las ciencias que cultiva. Por ello, además de la general significación del Doctor Iglesias, es éste día, una fecha luminosa en la historia de ésta Institución. Hace tiempo la Academia Gallega esperaba por el ilustre catedrático de Compostela, le consideraba ya suyo y ahora al verle aquí se renueva la satisfacción experimentada al proclamarle académico. La del que os habla en éstos momentos es sencillamente indescriptible. Un honor que solo me decidió a aceptar la amistad antigua y constante que profesa al Dr. Iglesias. Y para que éste incomparable beneficio de la amistad sea para nosotros mas hondamente sentido permitid el recuerdo de dos nombres ilustres, ambos de gallegos desaparecidos que duermen en la paz del Señor. Uno el del Sr. Dominguez Fontenla, el Chantre, por antonomasia como se le llamaba en Orense por el insigne Don Marcelo Macías y su círculo de amigos y discípulos ha sido noblemente evocado por el Dr. Iglesias en ésta sesión. El otro nombre, el del Dr. Dn. Antonio García Varela, catedrático de la Facultad de Ciencias de Compostela y Madrid, Director del Jardín Botánico, representa para el Dr. Iglesias el respeto y la identificación pues fué su maestro y su colaborador. El retrato del Dr. García Varela preside el Laboratorio del Dr. Iglesias. Dignos el uno del otro. Para nosotros la memoria del Dr. García Varela se idealiza al fluir del tiempo como la de un noble caballero de la amistad y de Galicia, sabio, modesto, afectuoso con algo de la serenidad conmovida de los lentos meandros que la corriente de nuestro gran rio gallego traza al pié de la colina de Sta. María de Castrelo de Miño donde el ilustre naturalista tuvo casa y jardín, y gustaba reposar.

Sea bienvenido al hogar de la Academia Gallega el Dr. Luis Iglesias.

R. Otero Pedrayo

Índice

DISCURSO SO ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON LUÍS IGLESIAS IGLESIAS	7
RESPOSTA DO EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON RAMÓN OTERO PEDRAYO	23

Real Academia Galega

Rúa Tabernas, 11

15001 A Coruña

Tlf. 981 207 308

Fax 981 216 467

secretaria@realacademiagalega.org

www.realacademiagalega.org



REAL ACADEMIA GALEGA

